

Autor: Abilio Ayuso

LA MONSTRUUA

Ilustrador Alejandro Ortigosa Quevedo



En ocasiones, los verdaderos monstruos lucen una cara bonita. +14

Si dijéramos de Sergio que era un amargado no estaríamos muy lejos de la realidad, además tenía razones para ello.

Para él la máxima felicidad hubiera sido tener un trabajo digno con el que ganarse bien la vida y una mujer que le amara.

Lo primero lo consiguió sobradamente, y en lo segundo fracasó por dos veces consecutivas.

Cada vez que pensó que había encontrado el amor de su vida acabó descubriendo con los años que no eran más que garrapatas que sólo deseaban obtener de él lo máximo posible para luego dejarle tirado como un tubo de pasta de dientes vacío.

Se repuso del primer desengaño, pensó que aquello le había curtido y le serviría para obtener una experiencia que le impidiera volver a equivocarse, pero no fue así, segunda decepción.

Después de aquello caminó con pies de plomo, sin embargo, le volvieron a engatusar, llegado a este punto y con cincuenta años decidió que ya era suficiente y rehuyó cualquier ocasión que le permitiera encontrar una pareja estable.

Si alguien le comentaba que no debía perder la esperanza de hallar una buena mujer, guapa y honesta, que le diera su cariño, contestaba sarcásticamente: “Si ya he aprendido donde encontrarlas, guapas y honestas, me piden cien euros por una hora de amor y cariño o quinientos por toda una noche y eso es lo que me dan, son las más íntegras que nunca he conocido”.

Como no deseaba imponer la presencia de un solterón amargado a sus amigos, que a tales alturas estaban todos emparejados, con hijos e incluso algún nieto, solía procurar divertirse él sólo, así es como acudió un sábado por la noche al Cabaret de los Horrores que garantizaba: Una buena cena, música, diversión y un espectáculo horripilante y sexy.

A Sergio le gustaba hacer las cosas bien, por tanto, se aseguró conseguir una mesa en primera línea de pista, la cena era de calidad y los actores muy buenos, salieron toda clase de vampiros, zombis y una parafernalia de monstruos que a veces interactuaban con el público para regocijo de unos y acojone de otros.

En un momento dado, el presentador anunció dramáticamente que no pensarán que todos los monstruos del cabaret eran producto del maquillaje y pasó a presentar a Carla, la monstra sexy.

Los focos iluminaron la figura de una esbelta mujer ataviada con unos sugerentes velos que dejaban entrever unos hermosos pechos y un minúsculo tanga, su cara estaba totalmente oculta tras una careta blanca absolutamente impersonal.

Después de una atrevida danza erótica comenzó a insinuarse a los hombres que ocupaban las primeras filas, principalmente los que no contaban con una pareja femenina, mientras el presentador retaba a todos ellos para ver quien sería el valiente que se atrevería a dar un beso de amor y pasión a Carla, la monstrea.

Hubo uno, que tal vez por efecto del alcohol dijo que lo haría, pero se arrepintió de inmediato en cuanto ella levantó fugazmente su careta, asimismo escaparon de las mesas contiguas algunos gritos de horror mientras el presentador aseguraba con voz profunda que no se trataba de ningún truco ni maquillaje.

Cuando pasó por delante de Sergio, éste tomó suavemente su mano y le dijo: “¿Puedo hacerte una pregunta?”.

Ella se sentó sobre sus piernas y con voz entre susurro y silbido contestó: “Pregunta lo que quieras”.

“Bien, pues suponiendo que yo deseara besarte... ¿No te repugnaría recibir el beso de un viejo como yo?”.

Ella pareció sorprendida, pero enseguida respondió: “Eres maduro, pero no decrepito, y la verdad es que me gustas, daría cualquier cosa porque un hombre como tú deseara besarme, pero eso es imposible porque, en cuanto me veas, el que va a sentir repugnancia serás tú”.

Sergio no podía apartar la vista de aquel único ojo verde que le escudriñaba, ya que el otro estaba oculto por la careta, acarició suavemente la melena de la muchacha y acabó diciendo: “Estoy convencido de que en realidad eres bella, lo que le haya pasado a tu cara no te hace distinta de la que eras, tengo la seguridad de que en esta misma sala hay mujeres mucho más monstruosas que tú, que se ocultan tras una cara bonita, si me das permiso para quitarte la careta y besarte lo haré, eso sino hay alguien del elenco que se ponga celoso y me apuñale”.

La chica emitió algo parecido a una risita y le dijo: “Cuando veas mi rostro te darás cuenta de que nadie se puede poner celoso por lo que hagamos tú y yo, te doy permiso, pero no te reprocharé que te vuelvas atrás al mirarme”.

La muchacha cambió de postura pasando a cabalgar sobre las piernas de Sergio enfrente suyo, como si de una moto se tratara, él alargó lentamente las manos hacia la máscara, la tensión en la sala subió al máximo cuando el presentador anunció con voz tétrica que las personas sensibles harían bien en taparse los ojos, aun así, al desvelarse su verdadera faz hubo gritos y exclamaciones de horror porque aquello era la mayor deformidad que alguien pudiera imaginar, sólo quedaba íntegro un trocito de la zona derecha, donde restaba su único ojo.

En el hueco del ojo izquierdo había una bola negra, también faltaban los labios, la nariz, toda la mejilla izquierda, la sien y parte de la frente y toda la carne de la

barbilla, dejando al descubierto una monstruosa calavera que ni siquiera estaba completa porque alguno de los huesos del cráneo estaba sustituido por una placa metálica.

Sergio la contempló y para asombro de todos dijo con voz dulce mientras seguía acariciando su pelo: “Lo que le sucediera a tu cara no te hace ser peor, ¿Sigues queriendo que te bese?”.

Ella estaba desconcertada y dijo con voz temblorosa: “Si aún no te has arrepentido... Adelante”.

Sergio aplicó sus labios sobre los dientes de la chica, que se abrieron suavemente dejándole paso para que sus lenguas se entrelazaran, su mano izquierda masajeaba su nuca y la derecha subió desde la cintura hasta acariciar suavemente su seno, en la sala no se oía ni un susurro, finalmente ella se apartó despacio diciendo: “He de confesar que esto no me lo esperaba”.

Mientras tanto el presentador aullaba: “¡Señoras y señores, esto es un hombre de verdad!”, El público arrancaba en una estruendosa ovación y Carla se retiraba mientras se ponía la máscara procurando que no se le notara el lagrimón que se deslizaba de su único ojo.

El espectáculo continuó con el cuarteto de los zombis y su cantante vampira, al cabo de unos minutos Carla aparecía discretamente por una puerta lateral con un vestuario más recatado que el anterior y una careta muy bonita en cuero repujado que permitía levantar un poco la parte inferior para tomar bebida o alimentos, con paso felino llegó hasta la mesa de Sergio que sonrió al verla sentarse a su lado.

“¿Sabes que es de mala educación besar a una chica y no invitarla a tomar nada?”.

Sergio hizo una seña al atento camarero mientras decía: “Lo intenté, pero te marchaste tan rápido...”.

Los dos rieron la gracia cuando ella contestó: “Es que tenía miedo de que con la emoción se me corriera el maquillaje”.

Sergio esperaba que pidiera una botella de champagne francés, pero muy por el contrario se conformó con un zumo de manzana. Después del primer sorbo le miró escrutadoramente con su único ojo verde para acabarle diciendo: “¿Puedo hacerte una pregunta?”.

“Y dos, si quieres”.

“No sé cómo hacerlo sin crear un equívoco ni ofender”.

“Pues pregunta de la forma más clara y directa posible”.

“Vale: ¿Por qué lo has hecho?, ¿Eres normal o tal vez aficionado a la necrofilia o alguna perversión rara?, ¿O ha sido por hacer la machada y demostrarte algo a ti mismo?”.

“No te besan a menudo, ¿Verdad?”.

“Algún borracho que acaba vomitando, algún perverso que me tengo que quitar de encima antes de que me meta los dedos por donde no debe, algún gilipollas que ha apostado fuerte, pero se acaba muriendo de asco... No son buenas experiencias”.

“¿Y la mía si lo ha sido?”.

“He de confesar que sí, he acabado llorando, y no de pena”.

“Intentaré explicarme, no soy ningún perverso ni tengo filias raras, soy sano de cuerpo y mente, lo que tal vez me hace diferente es que mi vida amorosa no ha sido nada fácil ni gratificante, pero te he visto y he pensado que de que me quejo, la tuya debe ser peor, entonces he imaginado lo preciosa que debías ser antes de que te pasara lo que fuera y que tu misma debías estar allí mismo, un ángel de mujer encerrada tras un rostro deforme, he sentido compasión y deseo al mismo tiempo, deseo de besar a esa hermosa chica prisionera de sí misma”.

“Menos mal que has pronunciado la palabra deseo, si sólo hubieras dicho compasión me hubiera largado de inmediato, pero supongo que tendrás algo de curiosidad por saber que me pasó ¿Verdad?”.

“Ni te lo he preguntado ni tienes porque decírmelo”.

“Pero yo quiero hacerlo, que coño, para que por lo menos sepas que no es lepra ni nada infeccioso, es una historia muy simple: Corría por la fábrica de mi padre para darle una buena noticia y caí de cabeza en la enorme trituradora de carne, el operario tuvo buenos reflejos y la detuvo... Dos segundos tarde”.

“Pero... Hoy en día la cirugía plástica hace milagros”.

“Mi caso era muy severo, faltaba mucha carne, pedí que me dijeran sin tapujos a que podía aspirar, me propusieron cortarme trozos de carne y piel del resto del cuerpo para hacerme implantes y me mostraron el posible resultado con un programa de realidad virtual en 3D”.

“¿Y no te gustó?”.

“El resultado mejor era un pegote de carne bobalicón e inexpresivo. Por dignidad preferí ser una monstrea y dar asco que una cara de culo que daría pena, y nunca

mejor dicho lo de cara de culo, porque de ahí iban a sacar algunos trozos de piel y carne”.

“Imagino que después de eso tu mundo se vendría abajo”.

“Por todas partes, la noticia que corría a darle a mi padre era que mi novio y yo teníamos fecha para la boda, pero evidentemente encontró alguna excusa para dejarme educadamente”.

“Un mierda que no te quería de verdad”.

“Es posible, también intenté acabar el último curso en la universidad, pero no estaba psicológicamente preparada, mis compañeros de clase fueron muy buena gente, pero no podía quitarme la obsesión de que me miraban de soslayo y lo dejé, luego estaban mis padres, no soportaba ver a mi madre llorando y mi padre apretando los dientes cada vez que tenía que quitarme la careta para algo, al final me metí en el Cabaret de los Monstruos, aquí soy uno más, por lo menos mientras dura el espectáculo, aunque luego ellos se quitan el maquillaje y son normales, menos el enano”.

Mientras hablaba, Sergio le había cogido una mano entre las suyas acariciándola suavemente sin que Carla hiciera ademán de retirarla, se hizo el silencio y se dieron cuenta de que se habían quedado solos en la sala, fue ella la que sugirió: “Tu habrás cenado, pero yo no, te invito a un garito que no cierra por la noche y donde ya están acostumbrados a verme”.

“No creas, yo he acabado la cena hace horas, además como era nouvelle cuisine ya la tengo en los pies”.

“¿Pues que esperamos?”.

El garito era una tasca rústica muy acogedora, en un rincón del altillo había reservada una pequeña mesa con un solo asiento desde donde era fácil observar el ambiente sin ser observado, el propietario se sorprendió al ver a Carla cogida de la mano de un caballero, pero era un hombre con tablas e hizo aparecer una segunda silla como por arte de magia.

Comieron unas hamburguesas deliciosas, bebieron un vino espeso servido sin vasos en un porrón de cristal cuyo pitorro Carla metió sin tapujos en su boca por debajo de la careta diciendo: “Espero que no te de asco”.

“Sería absurdo que me lo diera la mujer a la que beso”.

“Sólo ha sido una vez”.

“¿Es que no habrá más esta noche...?”.

Se produjo un tenso silencio hasta que Carla dijo con un hilo de voz: “No se... ¿Tú que propones?”.

“Creo que mañana la compañía tiene descanso y los lunes y martes no hay actuación, tenemos un fin de semana largo por delante, te invito a mi casa, vivo a una hora de camino, pero no tenemos prisa”.

“Contrapropuesta, la noche ha sido larga y has bebido bastante alcohol, mi apartamento está muy cerca, si quieres mañana por la mañana vamos tranquilamente a tu casa, ¿No asustaré a nadie?”.

“La señora de la limpieza viene sólo los viernes y mi perro estará encantado contigo”.

“¿No me ladrará?”.

“Que va, sabe distinguir la buena gente”.

“¿Aunque sean feos de cojones?”.

“Tú no eres fea, sufriste un accidente y listo”.

El apartamento de Carla era pequeñito pero coquetón, constaba sólo de una habitación con una cama enorme y separada por unas cortinas una sala de estar, comedor-cocina presidido por un confortable sofá, ella lo señaló diciendo: “Puedes escoger, en la cama conmigo o en el sofá”.

“Para lo segundo tendrías que obligarme a punta de pistola”.

“Pues tendrás el dudoso honor de ser el primer hombre que comparte mi cama, pero hay un problema”.

“¿Cuál?, te lo arreglo rápido”.

“Que en mi casa no soporto llevar la máscara, bastante lo tengo que hacer el resto del día”.

Sergio retiró la careta suavemente diciendo: “Problema arreglado, y si me das permiso también te quito todo lo demás”.

“Bueno, ya que has empezado...”.

Una vez la hubo desnudado la contempló. A sus veinticinco años era poseedora de un tipo perfecto, la llevó en brazos a la cama, se desnudó y la besó por todo el cuerpo, al llegar a su boca, ella puso un dedo en sus labios y le dijo: “Una vez ya ha estado bien, no tienes por qué repetir”.

“¿No puedo repetir el beso que me enamoró de ti?”.

“Hombre... Si te empeñas”.

“Pues deja de ponerme pegas”.

Hicieron el amor el resto de la noche y parte de la madrugada intercalándolo con algunas horas de sueño, en el desayuno ella le comentó picaronamente: “Pues para los cincuenta años que dices tener... Estás muy poderoso”.

“No te voy a engañar, hace años que no tenía una mujer que quisiera estar conmigo sin pagar, además la Viagra siempre ayuda”.

“¡Que cabrón!, llevas siempre una Viagra encima”.

“No solo eso, un mini pastillero que además contiene un Voltarén y dos Fortasec”.

“Un hombre precavido”.

“Nunca se sabe, pero te confesaré que estaba convencido de que usaría mucho antes el antidiarreico y el antiinflamatorio”.

Partieron sin prisas hacia su pueblo, a ella le encantó aquella masía restaurada y lo que la volvió loca fue que Judas, el perro mil leches, la recibiera con saltos, gemidos y lametones.

“Mira, ya es el segundo al que gusto en menos de veinticuatro horas”.

“Es que Judas sabe ver el espíritu de la gente”.

“Que cabrón eres, mira que llamarle Judas, con lo bueno que es”.

“Fue un día de lluvia, cuando al volver a casa lo encontré temblando guarecido bajo mi portalón y exclamé – ¡Me cago en Judas!, ¿Qué haces aquí? - y con Judas se quedó”.

“Otro que ha tenido una vida difícil, por eso es tan buenazo”.

Durante la cena ella le dijo: “Esta noche nada de Viagra, que no es bueno para el cuerpo”.

“¿Qué pasa, quieres ver lo que doy de sí?”.

“Ni de sí ni de no, quiero que no te estropees tomando mierdas para quedar como un Superman, que ya no eres un niño”.

Aun así él pudo hacerle el amor satisfactoriamente una vez por la noche y otra al amanecer.

Fue durante la comida del segundo día que Sergio le comentó: “¿Podrías pedir una semana de vacaciones en el Cabaret?”.

“¿Que propones?”.

“¿Sabes esquiar?”.

“Lo hacía muy bien, antes de...”.

“Pues quien tuvo retuvo, tengo una cabaña en el Pirineo, cerca de las pistas de esquí”.

“Bueno sí, pero... Es que no me gusta exhibirme en público, ni con careta ni sin”.

“¿Que dices tontita?, esquí, casco oscurecido, tapabocas, pasamontañas, Etc.”.

“Buena idea”.

“Vale, pues te tomo medidas de todo y mientras preparas algo de cenar te consigo un equipo”.

“Pensaba que ya me tenías las medidas tomadas”.

“En centímetros pava”.

“Pues ves, ya verás que cena tan buena te preparo”.

Cuando regresó con un equipo de lujo ella miró las etiquetas y dijo: “Pero yo pensé que lo ibas a alquilar”.

“¿Es que sólo iremos a esquiar una vez en la vida?”.

Ella se le abrazó llorando y balbuceó: “No lo sé, yo a estas alturas no sé nada de lo que va a pasar”.

“Bobita, va a pasar lo que nosotros queramos que pase”.

“¿Y si no queremos lo mismo?”.

“Hasta ahora ha sido así, ¿Porque iba a cambiar?”.

“No sé, es que me estoy colando por ti, y tú puedes pensar otra cosa”.

“Te confesaré, te quiero por tu dinero”.

“Pues no te rías, trabajo porque quiero, soy hija única y mis padres tienen pastón”.

“Eso me quita un problema de encima, las dos anteriores sólo vinieron a chuparme hasta el último céntimo”.

“¿Y lo consiguieron?”.

“No, pero por casualidad, como siempre me ha horrorizado que me quieran por la pasta he mostrado un perfil bajo, decía que tenía un buen trabajo y era verdad, pero nunca les llegué a explicar que era accionista de aquella empresa y de otras, ni que tengo una serie de patentes en Suiza que me reportan un canon fabuloso, en los dos divorcios hice que la empresa me despidiera por incumplimiento de las normas, me quedé con el carnet de paro y se conformaron con quedarse el piso y todo lo que hubiera en la cuenta bancaria, aunque con la última ya iba más picardeado así que el piso era alquilado, sólo pilló los muebles y enseres”.

“Joder, que burro, has picado dos veces”.

“Tú no sabes lo bien que fingen”.

“¿Y cómo salvaste la casa?”.

“La compré después del segundo divorcio, cuando juré que no habría una tercera”.

“Y aquí estoy yo haciéndote quedar mal contigo mismo, pero dime, aparte de chuparte la pasta, ¿Porque dejaban a un tío tan majo como tú?”.

“Las tres por lo mismo, un amante chuleta y malote”.

“Que las puteará a tope”.

“Ahora ya sé que sí, la primera hasta intentó volver, y la segunda va de camino”.

“Zorras imbéciles”.

“Monstruas con cara bonita”.

“Y ahora tienes una monstra auténtica”.

“¡Nunca te refieras a ti misma de esa forma!, tú eres un ángel”.

“Si, pero un ángel caído... En una picadora industrial”.

Rieron la gracia, luego ella telefoneó a su jefe: “Luis, ¿Te iría muy mal si me tomo una semana libre?”.

“Déjame adivinar: El tío del beso”.

“Si, eres muy perspicaz”.

“Tómate el tiempo que necesites, mereces ser feliz, y si te va bien no vuelvas, de una forma u otra nos apañaremos, pero... Si ese tío te hace daño dile que los monstruos irán a por él”.

“No te preocupes, estoy segura de que no sucederá”.

Y marcharon a la casa de la montaña, perdida en el extremo de una aldea casi deshabitada a la que sólo era prudente ir conduciendo un buen todoterreno, en un recoveco del camino aparecieron fugazmente un par de ciervos y en otro levantó el vuelo un águila al verlos.

Cuando llegaban, Judas comenzó a gimotear de alegría e impaciencia, no era para menos, aquella cabaña de piedra, pizarra y madera sabiamente restaurada era un lugar idílico, situada junto al bosque sobre una ladera muy empinada, su jardín delantero era de hecho un enorme balcón sobre el valle, al abrigo de miradas indiscretas, al enseñárselo Sergio le dijo: “Aquí puedes tomar el sol desnuda si quieres, es muy difícil que nadie te vea”.

“Será genial, pero lo maravilloso es que podré estar al aire libre sin careta”.

El resto del día lo utilizaron para acondicionar la casa, encender la enorme chimenea y dar algún pequeño paseo para el cual Carla utilizó una gorra y pasamontañas por si encontraban alguien por el camino, como así fue.

Era el alcalde y junto con su mujer casi el único habitante fijo del lugar, Sergio se adelantó a saludarle alegremente diciendo: “Hola Michel, te presento a mi novia, que le estoy enseñando la zona, hoy está un poquillo fastidiada la pobre por la alergia que le ha salido en la cara”.

“Hombre, pensaba que te ibas a quedar solterón para siempre”.

“La verdad es que yo también, pero la vida nos da sorpresas”.

“Pues me alegro por los dos, no lo dejes escapar muchacha, es un hombre bueno como hay pocos”.

“Eso será si no me planta él a mí”.

“Seguro que no, a ver si pasáis por casa un día de estos y hacemos un vermut”

“Cuando Carla esté mejor”.

“Cuando vosotros queráis, ir con Dios”.

Apenas se hubieron alejado unos pocos pasos Carla se apresuró a decir: “¿Soy tu novia?”.

“De mí puedes ser lo que tú quieras”.

“¿Y si quiero ser algo que no te gusta?”.

“Es difícil que eso suceda, pero en tal caso ya lo debatiríamos”.

Al día siguiente madrugaron para llegar a esquiar, al ser un martes cualquiera no había demasiado público, a pesar de llevar la cara tapada con casco y un pasamontañas de seda, la melena de color miel que sobresalía por detrás y el coquetón mono ajustado daban a Carla un aire muy femenino y a nadie sorprendió su atuendo.

Carla demostró que había sido muy buena esquiando y se acordaba de cómo hacerlo y Sergio que aún estaba en forma. Disfrutaron como locos, él por no tener que apuntarse a un grupo de solteros o ir sólo y ella por rememorar las delicias de su pasado de niña rica.

El desayuno muy generoso que habían hecho de buena mañana les dio cuerda para bastantes horas, únicamente se detuvieron a tomar un refresco y a media tarde regresaban para engullir una copiosa merienda-cena.

Más tarde, mientras descansaban en el confortable sofá embobados frente a la chimenea, Carla le hizo notar: “Fíjate, Judas está siempre a mi lado en lugar de al tuyo, y con la cabeza apoyada en mis piernas”.

“Sabe que necesitas cariño”.

“Si toda la gente tuviera el corazón y la nobleza de los perros el mundo sería mejor”.

“Y que lo digas”.

El miércoles y el jueves fueron geniales, pero el viernes ella le comentó: “No quisiera ser gafe, pero el fin de semana vendrá mucha más gente y tal como voy no podemos hacer nada más que esquiar, si vamos a visitar algún pueblecillo o un restaurante yo cantaré mucho con el pasamontañas”.

“¿Tú no sabes en que día vives verdad?”.

“¿Porque lo dices?”.

“Estamos en febrero y este fin de semana se celebra Carnaval”.

“Hostia, es verdad”.

“Precisamente podremos disfrutar de todo, alguna cena romántica, incluso alguna fiesta”.

“Genial, “¿Cómo lo haremos?”.

“Tú tienes tu colección de caretas, te pones la que quieras y yo te pisparé alguna, lo combinamos con algún gorro de bufón que tengo por aquí o unos cuernos y algún complemento que he traído y listo”.

“Así lo hicieron y se divirtieron en grande, anécdotas hubo muchas, como cuando en una fiesta dijeron que era el momento de quitarse la careta, Carla dijo que estaba indispuesta y se marcharon apresuradamente, o cuando al salir del lavabo en el pasillo de la discoteca un borracho tomó a Carla de un brazo y le dijo con voz pastosa: “Princesa, ¿No quieres darme un besito?”.

Carla se levantó rápidamente la careta y contestó: “Claro que sí, y luego te llevaré al infierno con las otras demonias”.

El borracho salió enloquecido caminando por la nieve diciendo que había visto al diablo, evidentemente nadie le creyó y la pareja río de buena gana la ocurrencia”.

Pasado el fin de semana alargaron la estancia un par de días más y regresaron sin prisas.

En el camino de vuelta Carla sacó el tema espinoso: “Aunque soy muy independiente y a veces me paso un mes sin decir ni pio, mis padres deberían saber dónde estoy y con quien estoy”.

“Pues díselo, mala hija”.

“El problema es que no sé cómo catalogarte ante ellos”.

“¿No habíamos quedado en que éramos novios?”.

“Lo dijiste tú”.

“Carla... Yo entenderé que no quieras presentar como novio a un tío que te dobla la edad, o que pasado algún tiempo prefieras seguir tu camino”.

“¿¡Mi camino hacia dónde!?, ¿Al Cabaret de los monstruos otra vez?, ¿Porque si no qué...?. Al contrario, sería lógico que pasados los primeros días de diversión tú quisieras encontrar una mujer más normal”.

“¿Una monstrua con cara bonita?, he hallado a mi ángel y no te cambiaría por nadie”.

No volvieron a sacar el tema, pero al llegar a casa Carla se arrellanó en el sillón, se tomó una copa del excelente licor que Sergio tenía en su licorera y telefoneó: “Hola papá, ¿Qué tal estáis?”.

“Eso tú que no mandas ni un puto mensaje desde hace más de una semana”.

“Me he estado reservando porque tengo tres noticias que darte, dos buenas y otra... No tanto”.

“Pues empieza por las buenas para ir atemperando”.

“He dejado el cabaret”.

“Ya era hora, no me gustaba nada eso que hacías”.

“Y además tengo novio”.

Se hizo un largo silencio y el padre respondió: “¿Y la noticia mala?”.

“No es tan mala, simplemente que tal vez no te guste mi elección”.

“Huy, huy, huy, que me huele a chamusquina, déjame adivinar la pega”.

“Te doy siete oportunidades”.

“Es negro”.

“Más blanco que tú”.

“Un inmigrante extranjero, aunque sea blanco”.

“Nada de eso, familia de aquí de toda la vida”.

“Algún defecto físico importante”.

“Que va, sano, guapo y bien plantado”.

“Entonces ya sé por dónde va la cosa, ex convicto, o en libertad condicional”.

“Honrado como Dios, no tiene ni multas de aparcamiento”.

“Alcohólico, drogadicto o ambas cosas”.

“Lo más que toma es un vaso de vino tinto con la cena”.

“Un poco retrasado...”.

“No das una, listo como el hambre, y además muy culto”.

“Pues pelado como una rata, en la más espantosa miseria y con deudas”.

“Ni hablar, es rico”.

“Cariño, pues si has encontrado esa joya y te quiere... ¿Qué pega le voy a encontrar?”.

“Pues que tiene tu edad”.

“Hostia puta, esta no me la esperaba... ¿Pero eres feliz con él?”.

“Muchísimo papá, como nunca pensé que volvería a serlo”.

“Pues entonces que le den por culo a todo lo demás, tráelo a casa y nos lo presentas, que si somos de la misma quinta tendremos muchas batallitas que contarnos”.

“¿Entonces no te importará que se haya divorciado dos veces?”.

“Joder, ¿Que es?: ¿De los de culo veo culo quiero y va de flor en flor?”.

“No papá, dos zorras que intentaron joderle la pasta y largarse”.

“Entonces no es culpa suya, tal vez un poco si, por buenazo, pero ya me está cayendo bien, ¿Cuándo lo traes?”.

“Calma papá, no quiero agobiarle”.

“Cuando tu digas cariño, pero si puedes no te presentes sin avisar, no sea que me pilles en pijama y sin afeitarse”.

“Tranquilo, os daré tiempo, un beso papá, y otro para mamá”.

“Un beso princesa mía”.

Cuando colgó el teléfono Carla dio un suspiro de alivio: “Uff, lo de mis padres parece solucionado, no me hubiera gustado tener que escoger entre ellos y tú”.

“¿Y a quien hubieras escogido?”.

“A ti, entre otras razones por cuestión de principios, ellos no son quienes para imponerme sus normas, y más si no hago nada malo, ni tienen derecho a coartar mi felicidad”.

“Bueno... Tal vez tu padre te hubiera desheredado”.

“No tiene huevos para eso, soy su princesa y después de lo que me pasó en su fábrica mucho más, porque de algún modo se siente culpable, si le dijera que necesito que se corte una mano... Lo haría por mí”.

“Un buen padre, y cambiando de tema, ya has encaminado mi presentación, ahora me toca a mí presentarte, no tengo familia directa, aunque sí amigos y buenos vecinos”.

“¿Tu qué quieres, que asuste a los niños y no tan niños?”.

“¿Y tú qué quieres, permanecer siempre escondida como una sabandija?, tú déjame a mí el tema y verás como resulta”.

“En eso confío, lo del esquí y Carnaval lo has montado bien”.

Al día siguiente Sergio volvía de las compras con un par de paquetes de ropa, de ellos sacó cuatro camisetas preciosas y otras tantas sudaderas en las que habían impreso por delante y por detrás en letras mayúsculas: UN ACCIDENTE LABORAL ME DESTROZÓ LA CARA, ¿ALGUNA PREGUNTA MÁS?”.

Carla sólo acertó a decir: “¿Así, con todo el morro?”.

“Con toda la cara, nunca mejor dicho”.

“¿¡A cara descubierta!?”.

“No, con careta, tampoco hay que pasarse”.

Así lo hicieron, al día siguiente pasearon juntos por todo el pueblo, entraron en las cuatro tiendecillas a comprar cualquier cosa, en la peluquería unisex para que a Sergio le cortaran pelo y barba, en la esteticista para que arreglara las uñas de Carla, en la farmacia para comprar aspirinas, en el estanco unos sellos que no necesitaban, en la taberna a tomar un vermut y a comer en el restaurante.

En todas partes Sergio la presentó como su novia y en todos los sitios después de miradas fugaces a la careta y el letrero les trataron con toda amabilidad y les felicitaron.

En cuarenta y ocho horas ya lo sabía todo el pueblo y al cabo de una semana Carla ya se movía por la población con alguna de sus caretas sin necesidad de letrero alguno.

En una ocasión, una de las vecinas más cotillas se atrevió a preguntar a Sergio: ¿Y no lo podrían arreglar con alguna operación?”.

“Si, muy sencillo, en media hora quedaría como nueva, pero le gusta llevar careta y que todo el mundo la mire”.

No le volvieron a preguntar.

Otro tema para resolver fue el del DNI de Carla que ya estaba caducado, el comisario fue muy comprensivo, sobre todo después de contemplar en la intimidad de su despacho el rostro de la chica, les dio una solución que se había adoptado en algún caso especial. La mandó a un tatuador de gran calidad, que tatuó el antiguo rostro de Carla en su mano, en el lado contrario de la palma, añadieron al nuevo documento una copia de la antigua foto y les extendió un certificado diciendo que debía identificarse por el tatuaje de su mano y en ningún caso obligarla a mostrar su rostro.

Hacía casi un mes que vivían juntos cuando Carla le dijo: “Este mes me he salvado, me ha venido la regla con normalidad, pero deberías conseguirme algún anticonceptivo que no perjudique demasiado”.

“¿Y si no lo tomas que puede pasar?”.

“¡Joder!, que me quede preñada, y en mi situación sólo me faltaría”.

Sergio se levantó un momento y regresó con una foto de Carla tomada poco antes del accidente y otra suya a los veinte años, se las puso delante y le dijo: “Estos son tus genes y los míos: ¿Qué clase de hijo crees que tendríamos, ¿Viejo, deforme?”.

“Evidentemente no, sería guapísimo, a ver, ¿Cuál es tu idea?”.

“Que sigamos amándonos tranquilamente y el destino decida”.

“Pues qué coño, que el destino decida, mi cara está jodida, pero tengo un cuerpazo de puta madre, y eso es lo que cuenta”.

Así lo hicieron, al cabo de tres meses ella se quedaba embarazada.

Entremedias tuvieron la feliz idea de viajar a países musulmanes, donde Carla podía transitar con un burka sin que a nadie le extrañara.

En alguna aduana miraron extrañados el pasaporte que en su foto mostraba su cara actual en toda su horrendidad, pero cuando hizo el gesto de levantarse el burka le señalaron amablemente que no era necesario.

El embarazo transcurrió sin ningún problema y al cabo de nueve meses nacía la niña más preciosa que hubiera parido madre, Carla y sus padres no podían detener las lágrimas y casi contagian a Sergio.

Desde el principio Carla decidió mostrar el rostro a su bebita mientras le daba el pecho, para la niña, esa cara, que hubiera podido dar pesadillas a cualquiera, fue lo más normal del mundo, incluso ya un poco más mayor, le costaba entender que veían de malo las otras personas.

Tal vez porque los abuelos tenían el contrapunto de una niña preciosa frente a una hija destrozada o porque su madre sentía la impotencia de no poder mostrarle la faz de una bellísima mamá, entre todos mimaron exageradamente a la pequeña Fanny contra el deseo de su padre que se veía incapaz de contrarrestar tanta mala crianza.

La niña creció haciendo exactamente lo que le venía en gana, sin que nadie la frenara, a partir de los dieciséis años se dedicó a demostrar que era más chula, valiente y atrevida que nadie. A los diecisiete, tal como era de esperar, sufrió el accidente que acabó con su vida.

Fue trasladada de urgencia al mejor hospital del país, donde los médicos hicieron el milagro de mantenerla unas horas consciente y con vida.

En aquella habitación, rodeada de aparatos muy sofisticados tuvo la última conversación con sus padres.

“Hola papá y mamá, en principio perdonar por todos los disgustos que os he dado”.

“Eso no es nada cariño, no te fatigues”.

“Tranquilos, he hablado con los doctores, sé que a pesar de toda esta parafernalia me quedan horas de vida, quiero aprovecharlas para hacer algo positivo por una vez en mi puta vida, así que tenéis que jurarme, sobre todo tú mamá, que cumplirás mi última voluntad sobre mis restos mortales”.

“Claro que sí, mi cielo, haré lo que tu digas”.

“Júralo por lo más sagrado, que mueran papá y los abuelos y te quedes sola en el mundo si me mientes y no cumples”.

“No necesito jurar, haré con tu cuerpo lo que me pidas, aunque tenga que llevarlo a la boca de un volcán”.

“Bien, avisar para que venga el director del hospital, los médicos que me atienden y la jefa de planta, he quedado con ellos para hacer mi testamento vital”.

Cuando estuvieron todos reunidos dijo con voz queda pero solemne: “Yo, Fanny, hija de Sergio y Carla, en pleno uso de mis facultades mentales, deseo que a mi muerte cualquier órgano o parte de mi cuerpo que pueda aprovecharse, sea utilizado para trasplantar a quien lo necesite, pero sobre todo, mi cara, músculos faciales, ojos, huesos de cabeza y lo que sea necesario se usen para trasplantarlos a mi madre a quien tanto le debo”.

“No cariño, eso no”.

“¿Vas a renegar de tu juramento?, ¿Me negarás la satisfacción de hacer algo bueno por una vez en mi vida?, si lo haces mi espíritu te maldecirá y no hallarás la paz”.

“Si eso te hace feliz... Juro que lo haré”.

“Y tú papá, cuando la beses, nos besarás a las dos”.

“No sé si deberé, hay besos que no son aptos para una hija”.

“Tranquilo, los labios serán míos, pero la lengua de mamá”.

Poco después el director del hospital le decía: “Su mujer ha de prepararse de inmediato, no sé cuánto tiempo podremos mantener las constantes vitales de la niña”.

“Pero... ¿La compatibilidad?”.

“Siendo madre e hija está casi asegurada y como hemos analizado la donación de sangre que ha tenido la gentileza de hacer, estamos seguros al noventa y nueve por ciento”.

“No escatimen recursos, pagaremos cualquier suma con tal de que sea un éxito”.

“No hay dinero suficiente en el mundo para pagar lo que haremos, hay dos eminencias que han roto su agenda y están de camino hacia aquí, también usaremos unos sistemas robóticos que teóricamente aún no existen, y todo lo haremos gratis, con una sola condición”.

“¿Nuestra alma?”.

“Casi, el hospital tendrá derecho a publicar todo lo que ocurra, el antes y el después”.

“Si no se lo hubiera jurado a mi hija me negaría, aprovechan que nos tienen pillados”.

“Mírenlo de otra forma, eso dará esperanza a muchas personas que han sufrido un accidente y piensan que nunca recuperarán la normalidad”.

“Y una publicidad tremenda a esta institución”.

“De eso vivimos”.

“Pues que así sea”.

A pesar de que en el año dos mil cuarenta la tecnología estaba muy avanzada, no resultó una operación sencilla porque se habían propuesto que toda la hermosura de aquella niña se traspasara al nuevo cuerpo sin perder un átomo de belleza.

Y lo consiguieron, eliminaron lo que sobraba del horrendo rostro de Carla y fueron creando una verdadera escultura de carne viva, máquinas sofisticadas dirigidas por manos expertas modelaron aquella bellísima faz, restauraron e incluso recrearon nervios y capilares finísimos, los escáneres habían creado modelos tridimensionales de la donante y la receptora y los bisturís láser habían rediseñado la carne para adaptarla.

Finalmente, las costuras eran tan infinitesimales que nadie las vería aunque se acercara a tres centímetros.

Los restos de Fanny fueron incinerados, tal como fue su deseo, sus padres enterraron las cenizas bajo un abeto azul que plantaron en la casa de la montaña.

No permitieron que Carla se mirara en un espejo hasta que estuvo perfecta, cuando lo hizo no podía parar de llorar mientras decía: “No soy yo, es mi niña”.

Era cierto, en aquel momento lo único que podía distinguirla de Fanny era su ojo verde contrastando con el azul trasplantado de su hija.

Cuando volvieron a casa Carla preguntó a su marido: “¿Me seguirás queriendo ahora que soy guapa?”.

“So burra, yo te querría aunque te volvieras verde, sólo veo un problema”.

“A ver, ¿Qué problema tiene el señor?”.

“Que tendré que superar la impresión al besarte o hacerte el amor de que no lo estoy haciendo con mi hija”.

“Pues recuerda lo que ella dijo, los labios son suyos, pero la lengua es mía, y añado que el coño también, así que ya te puedes poner por faena que tengo cuarenta y tres años y no estoy para perder el tiempo, si nuestra niña ha de reencarnar hay que darle la oportunidad de que lo haga”.

“¿Para que la vuelvas a mimotear y estropear, con más razón porque eres más mayor?”.

“¿Mimar, malcriar...?, me cago en mis putos cuernos, no sé si esta segunda será la reencarnación de Fanny, pero te juro por Dios que andará más derecha que una vela, y si no cobrará más palos que una estera, y pobres de mis padres sino colaboran”.

“Así me gusta, eso es una buena madre”.

FIN...